



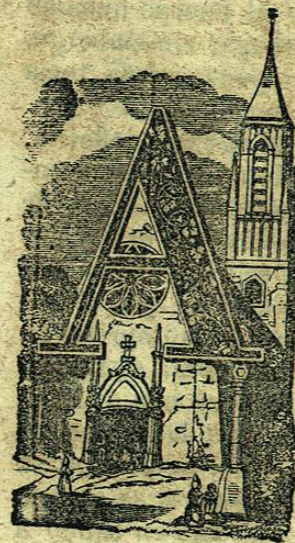
A. Campillo. Dibujó.

Lit. A. M. Murguía y C<sup>ta</sup>.

LA PARTERA.



# LA PARTERA.



NDANDO los tiempos, con el favor de Dios, llegarán aquellos en que el estornudar, el reír, el llorar y tantas otras operaciones naturales, algunas de ellas secretas, y que por serlo no me permito enumerarlas, serán artes mecánicas, para cuyo ejercicio se necesitarán quizá conjuntas personas, brazos industriales, amanuenses, sino es que, aplicado el vapor, maquinarias de nueva invención, precedidas de su privilegio esclusivo, nos libren de ocupar á la humanidad en auxiliar las operaciones de la humanidad.

Figúrense vdes., carísimos, prudentísimos y amabilísimos lectores, que para estornudar con propiedad y sonarse con perfeccion, ¿quién quita, llegue á ser necesario un aparato compuesto de un estilete, un fajero, seis ó siete redomas con aceites, papel con polvos, alucema, sábanas, hilas, cabezales y geringas, y todo esto manejado por una especie de comadron y un practicante? Que para llorar sin peligro sea preciso recurrir á un individuo que se llamará *lagrimero*, ó si es mujer *lloratriz*, y que le metan á un cristiano los ojos en un par de tubos, y le apliquen á las fuentes del llanto otro aparato en forma de bomba para estraer las lágrimas; y últimamente, que para reir, tenga que apoderarse de una persona algun profesor ó profesora de *riseología*, y le introduzcan en los pulmones un par de cañuelas neumáticas, y para haber de reirse haya tambien necesidad del cloroformo y baños de asiento. Vamos, entonces sí que será la vida una delicia; decir lo contrario, seria una cuasi-blasfemia contra los progresos de la civilizacion.

Y no crean vdes. que sin fundamento imagino tales invenciones venideras con esos siglos de oro; cada siglo nos ha traído un descubrimiento; y á propósito, hubo uno en que se descubrió que para parir era necesario una partera; de consiguiente, la partera es hija de esa civilizacion progresiva que no conocieron ni el pobrete de Adan ni la reverenda madre Eva: dichosos ellos que no conocieron á la partera, á ese apéndice de la facultad médico-quirúrgica! porque realmente la partera en el cuerpo médico viene á ser lo que en el cuerpo humano un lobanillo, como dicen vulgarmente, ó una berruga; sin embargo, como esa berruga es parte integrante de aquel cuerpo sin alma, toma la parte que le corresponde en el ejercicio de sus funciones.

No creo que está bien definida la partera; pero ni es fácil definirla, porque tiene mas analogías que entre sí los casos de nuestra jurisprudencia; y si no, vean vdes. La partera tiene analogía con un vista de aduana, que por el sueldo ordinario solo permite la salida de efectos de legítimo comercio, y por un tanto mas los deja salir de contrabando. Tiene analogía con el minero, la sola diferencia está en que el uno estraee metales y la partera muchachitos. Se parece á los impresores, que hasta que se completa el volumen dan á luz una obra: se semeja á los jueces, que de dos declaraciones distintas, deducen una verdad: igual á un corrector de imprenta, no sale de sus manos la impresion, hasta que la ve limpia y correcta: idéntica al litógrafo, no publica su obra hasta que se ha concluido la figura: por no dejar, si se quiere, tiene tambien analogía con un cuerpo de tropa que sale en bando á publicar la ley de una nueva contribucion. ¡Oh! buscarle á la partera todas sus analogías, seria mas que contar la vida de San Alejo!

Cuando era reciente el descubrimiento de la partera, el ejercicio de obstetricia se consigné á las viejas de cuarenta años para arriba; y

hasta nuestros dias, difícil es hallar una de veinte abriles; de consiguiente, nuestro tipo tiene que sujetarse al tipo universal de las parteras, por mas que nos digan los miembros de la junta de sanidad que hoy la ciencia no consiste en las causas, y que una muchacha de talento, si quiere, puede, sujetándose al estudio y al exámen, recibirse de obstetriciz, y con su título en la mano, lanzarse en el mundo de la reproduccion humana.

Esto, si se quiere, será una escepcion de la regla; pero la general es que sean, cuando menos, semi-viejas. Si averiguamos el cómo y por qué comienzan las parteras su estraña profesion, vendremos á encontrar que la obstetricia es un recurso de la viudez en las mujeres de menos de mediana esfera, que despues de veinte años de casadas, no lograron tener un chico, ó que de tenerlos se les murieron.

Por otra parte, el sexo femenino cuando está cercano á jubilarse, toma un afecto estraordinario á la medicina, y por lo regular la matrona, que con mas audacia decide y diagnostica sobre las *aventuras del bazo y las irritaciones del higado*, esa, esa es la mas propia ó la que está próxima á ser partera: la dificultad está en que asista á seis ú ocho partulientas, y ya la tenemos en carrera.

¡Maldita carrera!... Pero, impidan vdes. á un marido dar mil carreras en busca de una *profesora*, llegado el caso!—¡Dios mio! cuando me casé no pude prever que llegaria yo á ser compadre de Doña *Secundina Infante*, la misma que dió á *Fidel* tanto qué hacer; pero llegó un dia señalado en la costelacion de Géminis, y héme aquí á las dos de la mañana despierto.—¡Mi carísima mitad se quejaba!

—¿Estás mala?

—Si....

—Es cosa de llamar á un médico?

—¡No!.... Yo creo.... Como ya salí de cuenta.... La partera! pero que sea pronto!

—Mis chanclos, mi capote, mi sombrero. ¡Navidad! ¡Tiburcio! pongan aquí en la cabecera á San Inocencio.... Llamen á Concepcion!

—¡Ay!.... ¡las aguas!

—Sí, el tiempo de aguas es pésimo; pero aunque llueva á cántaros, voy.

Y en efecto, salí, corrí, llegué á la casa de Doña Secundina, toqué la puerta, no me respondieron; di tres golpes con mi paraguas, que se hizo añicos; no me respondieron: tomé un guijarro... tum... tum... y... gracias á Dios!

—¿Quién es V?... allá van.

—¡Pronto, Doña Secundina!

—Está durmiendo; como lleva cinco desveladas!

—Uf....! ¡cómo paren en esta tierra!.... Pues despiértela V., porque el caso es....

—¿Traen coche?

—¡¡¡Qué coche!!!... pero la llevaré cargada.—Ande, V., con mil santos!

Las parteras se hacen esperar como unos ministros de hacienda; pero aproveché el rato en subirme las medias y abrocharme los pantalones: llegaba yo al último botín, cuando percibí luz por el agujero de la llave, y asomándome por él, entreví á Doña Secundina hecha un esferoide de carne y sábanas, en pié, á la mitad del patio, convertido en lago, merced al tino y prevision con que se niveló el declive de nuestra capital, y oí distintamente á la obstetriz que se resolvía á no salir y darse por acalenturada, si no habia quien la condujese á pié enjuto hasta la calle.—Eso quiere decir, que aunque la mision de la partera es altamente humanitaria, es una mision que no puede llenarse sino con las comodidades posibles.

No quiero cansar á mis lectores con la cansada relacion de la salida de mi comadre, sus aspavientos en los charcos, sus indirectas sobre los buenos honorarios que recibia en noches iguales, y finalmente, su erudicion en obstetricia, porque ni tengo presente el diálogo, y deseo que se la vea ya al pié de mi lecho, ejerciendo su femeníl sacerdocio.

Nada de ceremonias, nada de cumplimientos; entró, pues, hasta mi alcoba sin preguntar el camino; despojóse de parte de sus vestiduras, y dejó ver en sus formas rollizas un semblante que revelaba la satisfaccion de su saber, la impassibilidad de la costumbre de oír quejidos, y la confianza de quien sabe que en estos lances, se considera como presidente con facultades extraordinarias en tiempo de revolucion.

Quizá con objeto de que se advirtiese su rango y lo bien pagada que debia ser, para subvenir á sus cuantiosas necesidades, la comadre llevaba al cuello sartas de perlas, rosarios de oro con relicarios de lo mismo, y en las orejas zarcillos de diamantes; ¡carísimos productos del sétimo sacramento! ¡prueba infalible del destino de la humanidad! ¡fruto positivo de aquel mandato supremo, *creced y multiplicaos!*

Instalada en la recámara Doña Secundina, reina y señora de vidas y haciendas, dispuso el sillón, de antemano prevenido; pidió tijeras, aceites, lavadera y la ropa correspondiente; preparaba un vendaje y consolaba á la paciente contándole los partos felices que diariamente acontecian; y de paso, y como por via de precaucion, volteó un cuadro de San Vicente Ferrer, poniéndolo patas arriba, á fin de que patrocinase mejor el alumbramiento.

Era en aquellos momentos solemnes Doña Secundina, el iris de paz, el puerto de mi esperanza y el áncora de salvacion. ....  
..... Despues de una hora, todo habia concluido. Mi comadre, á poca distancia del lecho y sentada ante la lavadera, revolvia entre las manos á un pedazo de carne chillón y mofetudo, calificado por ella de hombre desde el primer momento.

La diestra obstetriz, por los gritos, juzgaba de la robustez de aquel pedazo de hombre, y sin hacer mas caso de sus gritos, que un gobierno de los del pueblo, hizo de mi retoño un envoltorio con mas rapidez que el dulcero un alcataz de confites, y lo arrojó en la mitad de la cama, impotente y lloron como solicitante en medio de la tesorería.

Doña Secundina arregló á la paciente, le probó que nada le habia sucedido, le prescribió la quietud, dió al pequeñuelo sopitas de miel, como si fuera un patriota de buena fé, y despues de asearse las manos, pidió chocolate, é interrogó si se le tenia dispuesta una cama. Todo lo halló, todo lo obtuvo, se despidió de mí, llamándome compadre, se acostó en mi propio catre, durmió hasta el amanecer con la tranquilidad de quien hace una buena obra, y al ser de dia, posesionada Doña Secundina de la casa, prescribiendo de nuevo su método higiénico á la enferma, ofreció que volveria, hasta dejar al nuevo ciudadano perfectamente curado del ombligo; me ofreció sus servicios para lo futuro; y despues de haber recibido una onza de oro, que resistiendo tentaciones habia yo reservado para este lance, fuése y me dejó satisfecho de ser Doña Secundina Infante una partera. ... como todas las parteras.

